

¡REMEMEMOS CHICAGO!!

1887 - 11 DE NOVIEMBRE - 1904

11 DE NOVIEMBRE 1887-1904

LA GRAN NACIÓN

Es la inscripción que ostenta un monumento levantado a la policía de Chicago en la plaza Hay Market y significa: en nombre del pueblo del Illinois ordeno la paz.

La paz ordenada por un policia... ¡qué ironía!

El pedestal podría decir con más verosimilitud:

«La burguesía-cocotita repudia en el bronce la fidelidad de sus refutinas. Gloria a los que hicieron posible nuestro orden y nuestra prepotencia».

Mientras tanto gritan los ingeniosos Norte Americanos... ¡oh, el gran país!... Si, gran país, para el moribundo y el linchamiento; sacro al becerro de oro; donde cada habitante lo adora en el dólar, denominador de todos los valores, estímulo de toda acción, base de todo afecto y propulsor de todo sentimiento. Gran país, donde todo es compra-venta.

Gran país. El Sr. Rockefeller, quinientas veces millonario, educa a su único hijo en un departamento de veinte cuartos, con otros tantos esclavos y sus órdenes, siéndole vedado al niño el contacto con cualquier semejante suyo. ¿Como adquiriría, sino, la idea de su superioridad? Conrado en sí mismo, ahoga cualquier sentimiento de pudor que pudiera nacerle al contemplar la miseria ajena y adquiere la dureza de corazón necesaria para triunfar en la lucha por la vida.

Gran País. Los hijos de los Gould, Vanderbilts, Pierpont Morgan y otros archimillonarios, son hermosos ejemplares de idiotismo e imbecilidad. La educación mencionada y el excesivo trabajo cerebral al que están sometidos los padres para aumentar el patrimonio, han realizado el milagro.

Gran País. En los bailes que da la aristocracia... del dólar se murmura, a la entrada de cada dama o caballero, lo siguiente: la señora diez millones, el joven veinte millones, el rey quinientos millones, etc.... Una cifra ha substituido los nombres a los títulos. ¿Qué mejor exponente del propio valor que la cantidad poseída? La solterona rica no se aflice porque no presenta el marido. Cualquier día pone en los periódicos un aviso de que una señorita con tanto dinero, desea contraer enlace.... Al día siguiente solo le queda elegir, entre la turba de pretendientes, aquel con quien realizará el negocio.

Gente muy práctica los norte-americanos. Aplican la electricidad hasta a las sillitas... donde se acomodarán a los criminales. A éstos se les ejecuta: es más seguro y mucho más económico que mantenerlos durante años en las cárceles. Para la lucha entre los capitales está el trust; para los conflictos con los obreros los rompe-huelgas, asociación de scabs y semi-criminales y las policías privadas de lo Pinkerton; para los salvajes como los cubanos y filipinos los caballeros rojos.

La compasión y la equidad no tiene cabida en hombres tan preocupados por el engrandecimiento de la patria. No hay tiempo, para la gente que tiene prisa, que perder en la consideración de estúpidos sentimientos altruistas. El detalle que no puede sostenerse a flote que se hunda, y el aulaz que siga adelante abriendo paso como mejor se le ofrezca. Abriese paso quiere decir enriquecerse y enriquecerse significa comerciar, con todo, con la moral, con la política, con la dignidad, el honor, la conciencia, la dicha, el cuerpo, contra cualquiera, el padre, la mujer, los hijos mismos si se ofrece.

Hay que ser hombre moderno. Lo esen-

cial es crear cerdos y fabricar salchicha. No hay tiempo para el arte. De todas maneras, cuando hay dólares se compran los cuadros y las estatuas, la Patti y Mascagni. Modernos hasta en los métodos de represión. Las pieles-rojas se acorralan en los «reservations» campos ad hoc, donde los curas fomentan entre ellos la discordia y la espada completa la obra de la cruz.

Y de todas partes surgen verdugos voluntarios y por doquier las damas tejen con sus manos blancas y delicadas el lazo destinado a extrangular al pobre Guiltan. Al que ostorba se le embarca clandestinamente y se lo deja en cualquier playa, como se procedió con los obreros de Tampa, o sino se le ahorca, como se hizo con los agitadores de Chicago, pues, para el caso, no faltarán magistrados modernos y prácticos que acusados por verdugos idios, salvaguarden la tranquilidad de la gran nación. Prácticos hasta el punto de mandar se fusilen operarios recalcitrantes, y regular quinientos millones a una universidad, caso Carnegie, e imponer los controles comerciales a cañoneros, caso Panamá.

Detengámonos un poco en lo ocurrido en Chicago el 1887.

Aclaraba el día 11 de Noviembre y estaba por desarrollarse el último acto de una tragedia. Se repitió el eterno hecho cruento: Cain degollando a Abel, con ligeras variantes de carácter colectivo. Se repetía el crimen de La Commune, de memorables proporciones pero de mayor ferocidad, pues no había exacerbación y encono de épocas anormales que alenuara la premeditación y sangre fría que caracterizó a los encargados del orden en aquella ocasión.

La tragedia costó la vida de seis honrados e inocentes ciudadanos, muertos por los bandidos galeones y legalmente organizados en camorra a los que no faltó el cinismo para declarar que con el lazo no se había querido ahorcar hombres sino ideas.

¿Ahorcer ideas?... También la cruz galilea, la cicuta ateniense, la hoguera del Santo Oficio y las balas del Chassepot quisieron «ahorcarlas» y no lo pudieron (como había de conseguirlo pues, la horca, vil, taca y plebey).

Lo único que se pudo obtener fué el silencio de los asesinados; pero ese mismo silencio, como lo previó una de las víctimas llegó a ser más poderoso que las voces que se quisio ahogar.

En efecto, desde aquel día, cada 11 de Noviembre una imponente masa de 300 mil obreros, llevando como símbolo una medalla en cuyo centro está grabada una horca, va a depositar en el cementerio de Chicago una flor roja sobre la tumba de las víctimas, que supieron enseñar como se muere, después de haber enseñado como se debe vivir.

Y el alma del «policia» está condenada a presenciar desde su involucro de bronce aquel silencioso y compacto desfile, castigada en su propia impotencia de ordenar una paz imposible porque sería la paz del sepulcro. Porque sería la muerte calma de la fe y de la ignorancia, y hoy los espíritus fuertes prefieren las tempestades del pensamiento y de la acción.

A. MONTAÑO.

La fecha de hoy

Los anarquistas muertos en Chicago el 11 de Noviembre de 1887 nos muestran el heroísmo sencillo y grande. Durante una huelga fomentada en dicha población por la Asociación de los «Caballeros del Trabajo», una bomba fué arrojada contra la policía, que asesinó a una muchedumbre tranquila, destruyendo a siete de sus individuos. Las autoridades decidieron castigar ejemplarmente. Un proceso sin ejemplo se instruyó contra Auguste Spies, Miguel Schwab, Luis

Ling, Jorge Engel, Adolfo Fischer, Oscar Neebe, Samuel Fielden y Alberto Parsons. Los seis primeros eran de origen alemán, el séptimo inglés y el último, único natural de los Estados Unidos. Jamás la justicia americana mostró su corrupción con más desfachatez: todos los testigos fueron sobornados. En el sumario constaba que la bomba había sido arrojada por un tal Schnaubel, que no fué hallado: se quería destruir el partido revolucionario arrebatándole sus tradiciones y sectores militantes. «No hay pruebas», declaró el procurador Hunt, de que alguno de los acusados haya podido relacionarse con el asesino que arrojó la bomba sobre las policías, pero todos ellos han formado parte de una conspiración general para perturbar el orden social.

Conspiración generalista, efectivamente, puesto que subsiste a través de los siglos y cuenta entre sus cómplices millones de pensadores o de intelectuales que persiguen el adelantamiento de la justicia social. El procurador Grinnan, siniestra figura del procedimiento judicial, se la condenación a la salvación de la anarquía. El hecho obedece a los principios de la anarquía, por que tales principios constituyen la base de la conspiración: la anarquía debe condenarse.

Y lo fué, en efecto. Después de una admirable defensa en la que los acusados se mostraron sucesivamente profundos, entusiastas, sencillos y enérgicos, fueron condenados sin piedad: Neebe a cinco años de prisión, los demás a muerte: más tarde a Schwab y Fielden se les condenó la pena por la de trabajos forzados a perpetuidad.

En este lugar hay que dar cuenta de un incidente idílico que hace sonar con una rosa entreabierta sobre un feto. Una joven graciosamente llamada Nina, bella, no hay que decirlo, y perteneciente a la noble familia Vanzandt, concibió una pasión entusiasta por Spies, que hacía inclinarse a sus jueces bajo las palabras de mártir. Inmediatamente le hizo proposiciones de matrimonio: los carcerarios aterrados de tal osadía, que demostraba cómo la culpa de los condenados despertaba simpatías hasta entre las clases directrices, rehusaron proceder a la ceremonia. Spies que aguardaba la muerte, esa otra novia oscura, hubo de dar poder a su hermano para contraer el matrimonio.

Quince meses transcurrieron entre el proceso y la ejecución. La ciudad entera acordó por ser favorable a los condenados. Las peticiones de indulto, las amenazas mismas, devinieron de todas partes del mundo; no pocas veces que la ejecución se realizara. Pero los anarquistas pudieron finalmente oír desde la cárcel al más bello de los carpinteros clavando sus cuñas. En efecto, Ling, el más fogoso de todos, no quiso proporcionar a los jueces un espectáculo que en el patíbulo, se procuró un cartucho lleno de fulminante, lo aplastó entre los dientes y caminando hacia la guillotina, con una mar de sangre y con la cabeza horriblemente destrozada. Los demás subieron al suplicio tras de él. La multitud de los primeros cristianos descendió a la arena del circo repitiendo sus cánticos: «¡bien venido! ¡bien venido! en el que nuestro silencio será más poderoso que nuestra voz que se ahogaba exclamó Spies. «Viva la anarquía! gritaron Engel y Fischer. Parsons pronunció un discurso: «¡Hombres y mujeres de América...! ¡Vergüenza la interrupción. Unos instantes después, sus grandes coraceras cesaron de latir.

C. MALATO

LOS MÁRTIRES

En 11 de Noviembre de 1904.

Furia de bárbaros, en todos los tiempos los truchafantes. No, Sangrientos, trágicos, clarinos del martirio, al doblarse sobrelas tumbas se igraron en la historia con toda la gigantesca talla de sus almas!

Se igraron alto, tan alto, que el Tiempo se aleja en vano pretendiendo dominar todo el majestuoso de su porte.

Ahi están, montañas de la historia, rudas y solenes, donde el pensamiento-aguila con su vuelo inagotable va en busca del que aún palpita, de la fuerza que aún vive.

Solo él, el pensamiento-aguila puede ir a coronar esas frentes teñidas con sangre de mártires que no se sabe si es sangre de inocencia o de sangre de aurora.

Furia de bárbaros los truchafantes: ahí están los cadáveres, las horcas, alfileres de victoria, astas de banderas que envuelven al mundo en ondas inmensas, hablando ese idioma lejano que domina todas las edades y todas las distancias.

Los bárbaros los truchafantes: querían diplomáticos de la cima donde predicaban a una generación, y al caer, quedaron inmóviles en esa otra cima desde donde predicaban a las generaciones de todos los tiempos, arrojando infatigables, grandes como astros, los géminos predios de promesas.

Grandioso triunfo: ¡no lo presumieron los bárbaros!

J. ALBERTO CASTRO

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

La evolución en que la humanidad se encuentra actualmente envuelta, ha creado una oposición bien marcada, una guerra sin cuartel entre la ciencia y la religión. La investigación objetiva de la verdad y el conjunto de sentimientos, de creencias y de supersticiones que representan una literatura. Precisamente uno de los caracteres esenciales de la Era contemporánea es esa lucha entre la ciencia y la religión, entre la cultura de las mas abundantes. En vano algunos teólogos, que están al mismo tiempo en la cultura de la religión, protestan contra ese estado de cosas, que por lo demás, no deberían olvidarlo, por el mismo Dios que en el primer capítulo del Génesis, la religión prohibió al hombre que tocase el fruto del árbol, demasiado sabroso para él, y a su vez, la ciencia, que también revela que los frutos de la religión están llenos de ceniza.

CHICAGO!

Las Heresas



Una aureola de sangre corona toda idea. Allí, Chicago! Enorme se alza la roja mancha; Es de sangre y de fuego: quema y empapa el mundo. Va extendiendo sus bordes y va sublevando almas.

Lenguas de los ahorcados ¡como habláis a los pueblos! ¡Como estruenden tus voces! fuertes como el martirio Ellas dicen de vientos redentores que un día Barriendo árboles viejos, fórmulas y prejuicios

Soplarán de repente; tempestades de iras ¡Locas como venganzas—que empujan las ideas, ¡Tempestades de iras que cruzarán llevando Cadáveres podridos a la crugiente hoguera.

¡Todos de piel! ¡a la lucha! ¡Ni dios, ni ley, ni patria! ¡Cada hombre sea un ejército; nadie obedezca a nadie! ¡Ni altares, ni sanciones, ni banderas! ¡No encunten los esclavos donde atarse!

Allí, Chicago! el crimen, el símbolo maldito. Allí, Chicago! Gólgota de las ideas nuevas. ¡Que una verdad nos una, que un dolor nos anime, Que la voz de esos muertos suene en toda la tierra!

ALBERTO GHIRALDO.

Sin embargo, esta autonomía irreductible, que algunos campeones sostienen ardientemente de una y otra parte, es un hecho relativamente moderno, puesto que ciencia y religión se enfrentaron antes, proviniendo igualmente de la investigación de las causas. El hombre no puede admitir que no comprenda las apariciones del mundo que lo rodea; quiere explicárselas a toda costa, pero no se muestra difícil sobre las razones que la dan y a menudo se contenta con una frase, con palabras desprovistas de sentido, que, más adelante, en los dogmas religiosos, tornaron al nombre de existencias.

Así es como, en su mismo origen, la investigación de la verdad se mezcla con errores y con un bagno inútil de frases que no significan nada. El culpable es el padre que responde, poco más o menos, de esa manera a los que de su hijo, o bien el observador, hombre de genio que se engaña en la explicación de los fenómenos de la naturaleza ambiente. Sin embargo, uno y otro fueron los más sabios para los que eran más ignorantes que dios; y en los pueblos primitivos el astrólogo, el quimántico, el mago—designados con cualquier nombre—se a la vez el precursor y el sacerdote: los dos oficios no están aún diferenciados. El que usaba por observación directa y de cuerpo a su fantasía sobre la verdad y la quimera.

Pero todo progreso en los conocimientos debía aportar fuertemente la separación de los elementos primitivos, que son en nuestros días la religión y la ciencia. Todo descubrimiento aportaba una lucha entre el recién llegado y el mago antiguo, que continuaba hasta la muerte, sin que ninguno cediera ante el otro, y hasta se podía ya reconocer de antemano a cuál de los dos pertenecería la victoria. Realmente toda la humanidad, en la tradición del pasado, apoyada en la intervención del Estado y en los preceptos de la enseñanza oficial, daba en todas las cosas el primer puesto a la religión, exigencia por lo demás muy legítima para la época, pues todas las cosas instituidas por la voluntad de un Maestro Universal y mantenidas por su intervención continua. Pero no

ONZE NOVEMBRE

Pendus de Chicago! votre infâme potence, Tel le gibet du Christ au Golgotha dressé, Pour l'esclavage longtemps sous le joug rabaisé. Brille comme un signal d'invincible espérance.

Héroiques martyrs d'un idéal immense, Symbolisez la mort d'un sinistre passé! Qu'à votre corpe, un jour, par l'air vent bercé, Le monstre expiré enfín des pouvoirs en démené!

Acheteurs de témoins et trafiquants des lois, Eux-mêmes, vos bourreaux, devant leur crime bête, Inclinent lâchement une honteuse tête.

Votre pourpre étendard sur Moloch aux abois Palpite, triomphant, et comme apothéose, Sur vos tombeaux sanglants, s'illuminent les roses!

CARLOS DE SOUSSEANS.

Buenos Ayres, 11 Noviembre 1904.

